

D'ostanges. - Este hombre es un digno Astrologo
quien su Magestad ha enviado á buscar
para que consulte el horoscopo del niño que
va a nacer: un verdadero adivino, respondiendo
de ello, huela á arufre desde una legua de dis-
tancia; quiero probar su ciencia.... vamos, ¿
si poseido, puedes predecir si el niño nos envidiará
un Delfin o una princesa?

Audoir. - ¡Qué! ¿Seréis la locura de escucharle?

D'ostanges. - Silencio, Santo hombre, ocúpate del cielo,
mientras que nosotros arreglamos nuestras
cuentas con el Diabolo.... su representante va
a hablar.

El Astrologo. - Estoy mirando en el cielo
Que el astro que luce mas
Apagará sus reflejos
Al brillo de su rival.

Launay. - Hum.....

Pompignan. - ¿Comprendéis, Señores?

D'ostanges. - La prediccion es clara; el astro es una be-
lla princesa cuyo brillo, que es la gloria, se
confundirá con el resplandor de otro astro,
el de su esposo.

Pompignan. - En verdad que habláis como amigo
de Monsieur.... El astro es un Delfin, cuya
gloria no se eclipsará nunca, por que no ten-
drá semejante.... Este es el verdadero sentido de
la profecia.

Launay. - Pues bien, yo lo entiendo de otro modo: dos as-
tros semejantes significan dos hermanos je-
melos.

Pompignan. - He perdido, Señores, mis cartas anun-
cian una princesa.

- Escena 3.^a -

Pompignan. El Astrologo. D' Aubigné; D'ostan-
ges. Launay. Audoir. -

D' Aubigné. - Dios quiera oiros, si proteger este reino?

